

LA MENTIRA POLÍTICA

por Francisco-Manuel Nácher

Es triste que, en poco tiempo, se haya desacreditado la clase política como lo ha hecho. Pero se lo han ganado a pulso ellos mismos. Porque el político, no nos engañemos, por lo menos el actual (y nos tememos que el de siempre) miente de modo congénito, espontáneo y natural. Y permanentemente. Aunque el pueblo espera de ellos, precisamente, lo contrario. Y ellos lo saben.

Porque, miente la oposición cuando asegura indefectiblemente que todo lo que ha hecho y sigue haciendo el que gobierna está mal. Y mienten los gobernantes cuando se dicen dialogantes y no lo son y cuando disfrazan indignamente sus errores y cuando olvidan sin rubor sus programas y sus promesas electorales, que fueron las que les dieron el voto y con él el poder.

Si Montesquieu hubiera conocido los medios de comunicación actuales ¿alguien duda de que les hubiera atribuido un papel importante en su empeño de que los tres poderes se controlasen mutuamente y el pueblo los controlase a todos?

Porque todos sabemos que toda la información, toda, de que dispone el ciudadano-elector, la recibe a través de noticias de agencia o de artículos o de editoriales o de colaboraciones o de la radio o de la televisión, casi siempre aviesamente manipulados. Y que, por tanto, se le mantiene así, interesadamente y de modo continuado, lejos de la realidad, de lo que debería ser su realidad. Es decir, de la VERDAD.

Tomemos, por ejemplo, el tema de la paz, tan de moda en estos tiempos: Se montan grandes foros internacionales para hablar de la Paz. Y, al mismo tiempo, los mismos países que se declaran sus acérrimos defensores venden armas a los países tercermundistas, con las cuales nacen nuevas guerras y se producen nuevas masacres; luego se condenan, sobre el papel ¡claro!, los genocidios, se venden nuevas armas, se vuelve a hablar de la Paz, se venden más armas... ¿A quién creen engañar los políticos? ¿De verdad creen que engañan a alguien? Y está claro que ninguno de ellos, en todo el mundo, siente la menor vergüenza.

¿No habrá ningún país, entre los tantísimos defensores de la Paz, que proponga en Naciones Unidas que se destruyan todas las fábricas de armas de todos sus miembros y expulse de su seno al que no lo haga? ¿Qué pasaría si una propuesta así se hiciese? ¿Qué países se opondrían? Me temo que los de siempre. Pero ya no engañarían a nadie. Resulta un sueño maravilloso el pensar lo que sería el mundo sin armas... ¡Y sería tan fácil!

Si, además, conocemos la existencia y el funcionamiento de la Ley de Retribución, ¿hay nada más insensato, inútil y nocivo que matar nuestros hermanos sabiendo que esas muertes regresarán a nosotros en un futuro, de modo inevitable?

* * *